

...de los soldados... en la misión de la Concepción del Caborca...

CAPITULO CUARTO.

Venida del V. P. Francisco Javier Saeta á misiones de Pimería alta á fines del año 1694. Muerte que le dieron por la predicacion del Santo Evangelio á 2 de Abril de 95 en la mision de la Concepción del Caborca, entrada por su cuerpo para darle sagrado; castigos que hicieron los soldados todo el año á la nacion pima, soba; paces que pidieron, y otras guerras á que salieron los soldados contra otras naciones é ida del padre Kino á México hasta el de 1696.

Entramos ya en el año de 1695, feliz para la sagrada compañía que sacrificó en holocausto un hijo á Dios en la educacion del Santo Evangelio en la nacion Soba, y Pimería alta, é infeliz para esta por las guerras é inquietudes que se les ocasionó de la muerte, que unos pocos inquietos dieron á su sacerdote ministro, padeciendo todos lo que merecian los capitales motores de la rebelion. Pero antes de tratar de su venida

la fundación de la mision y su muerte, espresaré primero como los soldados de la compañía volante, á principios de Enero de este año habian salido á campaña contra las naciones conchos y jobas que se habian retirado á la hacienda de Bainopa, desde donde ejecutaban robos de caballadas y muertes en la mision de Nacori, no obstante las muchas protestas de paz que se les habian hecho en otra entrada á su agreste sierra, y castigado su osadía, y arrojados de que ya dije al capítulo 1.º de este libro, y por obrar otros mayores daños que amenazaban, á los pedimentos del reverendo padre Francisco Carranco su ministro, los despachó el general D. Domingo Jironza, quienes habiendo muerto 10 enemigos, y echado á un montero prisiones de los capitales motores, los demás se restituyeron al pueblo de Casas grandes, y á otros que pertenecian, de donde se habian salido apartados; y ya extinguido tan pernicioso padrastro paso á declarar la venida á misiones del venerable padre jesuita Francisco Saeta.

Con las relaciones que quedan dichas en los capitulos precedentes, y otras que enviaron los reverendos padres misioneros de la Pimería por su parte á México al reverendo padre provincial y el general D. Domingo Jironza Petriz de Cruzat por la suya, al Exmo. señor virey de la docilidad y pacífico proceder de la nacion pima del soba que habiamos experimentado en los descubrimientos que hicimos de sus rios, tierras y poblados, y aunque pedian con instancia el santo bautismo, y padres para su instruccion, dieron providencia por una y otra parte, asignando limosnas en las reales cajas el que viniese el reverendo padre Francisco Javier Saeta, jesuita, que llegó á la provincia de Sonora á los fines del año 1694 y deteniéndose á recoger entre las misiones antiguas un poco de ganado mayor que le dieron de limosna para el sustento de los indios operarios en la edificacion de templos de la mision nueva que habia de hacer hasta 2 de Enero del de 95 que se halló de diácono en la celebridad de la misa y fiesta que cada año hacia el gene-

ral Jironza á Nuestra Señora del Pilar en el real de San Juan Bautista, capital de Sonora, acabada salió su reverencia para la nacion soba ó pima, á juntar en el poblado de la Concepcion del Caborca, como mas numerosa de indios gentiles su mision de propósito y asiento, llevando por intérprete fiscal (como cristiano del pueblo antiguo de los Ures, y ladino en el idioma castellano) al indio Francisco Javier que me acompañó á mí en el tercer viaje que hice al Noroeste porque coadyuvase á la enseñanza de los indios gentiles mientras aprendia la lengua el padre.

Y habiendo sembrado una milpa de trigo para el sustento de todo el año, y compuesto la casita de su morada que estaba ya hecha desde nuestros viages y descubrimientos; pero se habia maltratado. A vueltas del mucho fruto que en la conversion iba haciendo, y adelantando de bautismos en párvulos y adultos en tan breve tiempo, que algunos de ellos llevó Dios por primicias á su gloria, segun un cuaderno de apuntes del padre, y ausentes parte de sus indios feligreses, haciendo un corral para el poco de ganado mayor que le dieron de limosna y le habia ya llegado. El día último de la semana santa á 2 de Abril de dicho año, por la mañana, dió sobre el pueblo un escuadron de indios armados de arcos, flechas y macanas, y descargando la ira de su indignacion sobre el fiscal intérprete, Francisco Xavier, y otros dos familiares del padre, al estrépito, gritos y alaridos, salió su reverencia á contenerlos, mas acabado de matar á estos, dieron sobre el padre, quien, puesto de rodillas, descargaron con golpes y flechas su primer ímpetu en la plaza, y ya malamente herido el venerable padre, se levantó y entró á su casa y lecho, y puesto de rodillas de nuevo ante un Santo Cristo ofreció al Criador el alma que salió de aquel cándido cuerpo, con 22 saetas que le encarnizaron (de que era su blason) y piadosamente creemos, fué á cantar el aleluya de la resurreccion del Señor á la gloria. Desfogaron luego con la pro-

fanacion de ornamentos sacerdotales, misales y vasos sagrados. de que hicieron destrozo de todo en odio de nuestra santa fé.

Llegó la noticia de las muertes y rebelion á la provincia de Sonora, y apresando instantaneamente el general D. Domingo Jironza, los soldados de su cargo que poco habia llegaron de campaña, y á vecinos, como alcalde mayor que tambien era de ella, salí yo con dicho general, y los demás en su compañía, é incorporándose los reverendos padres Fernando Beyerca y Agustin Campos de capellanes de campo, y como misioneros de la nacion por recojer las reliquias del destrozado cuerpo y demás alhajillas de iglesia que se encontrasen, y caminadas las 76 leguas que hay al pueblo de Tubutama, lo hallamos todo destrozado, yermo y despoblado, sin rumor de habitador alguno, sin mas que los tres indios opatas sirvientes á quienes mataron primero, ni en todas las 20 leguas que hay hasta la Concepcion del Caborca, á donde mataron al venerable padre, porque así los motores como toda la demás nacion que no intervino, ni fué arte ni parte, sabiendo el destrozo abandonaron casas y sementeras huyendo á los cerros y sierras, y como el campo militar estaba ignorante de los culpados, ni habia indio de la nacion Soba de quien informarse, en las mariscadas á que salieron por el Tubutama, Uquiota y Piquitin á dar albazos, mataron 10 personas de la nacion alborotada con los indios seris y pimas del Norte, que venian en nuestra compañía.

Al llegar á la Concepcion del Caborca yendo yo adelante del campo de los soldados por guia, como ya sabia é intempestivamente me encontré con tres indios seris que venian á mi lado, flecharon al uno, y luchando ya con las ansias de la muerte, llegó el padre Fernando Bayerca y le echó el agua del bautismo, y luego espiró, el mayor se les escapó herido, y un muchacho arrimándose á mí lo escapé de la muerte y quedó con el padre Agustin de Campos que se llamó en el bautismo Antonio.

Llegados al pueblo á 15 de Abril, el general D. Domingo

Jironza, ordenó á los soldados de su cargo, fuesen en busca de los indios sublevados hácia la sierra de los contornos, y hácia el Poniente y costa del mar californio y pímico. Nosotros quedamos á recojer las cenizas y huesos del venerable padre, que un indio que enviamos por delante para espia, lo habia quemado por lo inchado y corrupto del veneno de las flechas, y por 13 dias que habian pasado desde que lo mataron, que así lo usa la nacion con los difuntos que mas quieren y estiman, y este sacó un Santo Cristo en una pequeña cajita, forrada en carmesí de tres cuartas de largo, y nos salió al camino entregándola de rodillas que al tocar la hechura era tan flexible que parecia carne viva traspareciéndole las venas, nervios y arterias y el padre Agustin se lo endonó como prenda tan esquisita al teniente Antonio Solis, y hoy está colocado en la mision de Arispe, con mucha veneracion en un rico sepulcro dorado, de seis columnas, de cristal, que sirve de feretro en la procesion del entierro en la semana santa; y la cruz en que se habia de enclavar hallé yo quebrada y llevé y endoné al reverendo padre Eusebio Francisco Kino, quien la colocó en su mision y altar de Nuestra Señora de los Dolores.

Tuve la dicha de ayudar á cojer los huesos, cenizas y cabeza que hallamos todavia con pelo del difunto padre, que encerramos en una caja mediana cerca de las cuales hallé una vitela de pergamino de una monja que segun el hábito pardo y negro era Benita, ó Francisca, con el titulo de Santa Coleta, y un ángel encajando una flecha, otra ya clavada en el corazon de la Santa, y otra en el intermedio de ella y el ángel; y la llevé al padre Kino que la tenia por reliquia y registro en su rezo. Tambien se alzaron 22 saetas del suelo donde dormia el difunto padre que con ellas parece le acabaron de matar y mucha sangre seca, recogióndose misales, libros, estampas y vasos sagrados; solo la milpa de trigo estaba intacta, y de alto tapaba á un hombre con grandes espigas, y granado, cuando los que dejamos en Sonora empezaban á macollar, prueba evi-

dente de la feracidad de la tierra. Talámosla toda, pastáandola 300 caballos que llevamos como sucedió con las milpas y maices que se hallaban de la nacion, para que por hambre entregasen los motores, y diesen la paz los que no intervinieron en la muerte y rebelion.

Vuelta la escuadra de soldados que fueron en busca de los sublevados que solo cojieron uno vivo que quebrándole una pierna de un balazo, de la que curándolo sanó, y en el bautismo se llamó Luis, confesó que solo los indios del Tubutama, Uquitoa y otras rancherias circunvecinas á esta, habian asaltado el pueblo y muerto al padre sin que ellos lo pudiesen remediar por la intempestiva furia y la gente esparcida y desprevénida. Por donde entendimos que la parentela y familia de los indios que el año antecedente habian castigado en el Tubutama; en venganza ya trayendo á su gremio otros indios gentiles fueron los capitales motores de la rebelion, de donde se deduce no se debe permitir, que pocos indios de distinta nacion los dejen predominar en naciones contrarias y populosas como es la Pimería.

Salimos con el cuerpo del venerable padre, y llevándolo con la mayor veneracion, que en camino de cincuenta y cinco leguas se pudo, en medio de dos filas que componian los soldados y vecinos, y muchos indios de la misma nacion Pima, de los rios del Norte y seris, que nos ayudaron en la faccion contra los sublevados, y adelantándose los capellanes cerca del pueblo de Cucurpe, salieron revestidos, y por preste el reverendo padre rector Marcos Kappus, su ministro, á la cruz y loma del pueblo, á cuyo pié, apeando de la mula el cajon de las reliquias, subido en los hombros del general D. Domingo Jironza, mi tio, tapado con una alfombra ligera hasta colocarlas en el féretro con la mayor pompa, posas, tiros, salvas y otras demostraciones de exequias y sufragios que se pudo, y se enterró al lado de la epístola del altar mayor de los santos Reyes. Todas estas demostraciones determinaron los reverendos padres

y el general Jironza, así por lo que merecía la angelical vida y obras del difunto padre, como por dar ejemplo á los muchos indios pimas y seris que venian acompañando el cuerpo, de la veneracion que se hace aun con las cenizas de los sacerdotes, para que hagan el alto concepto y aprecio á los ministros de Dios é intimidadores de su ley.

Concluida la funcion del entierro, porque no quedase sin ejemplar castigo tan execrable maldad, y volver por la honra de Dios, ultraje de su santa ley, muerte de su prototipo é intimidador de ella; profanacion de sus imágenes ornamentos y vasos sagrados; dispuso el general del campo que quedase con algunos soldados en la mision de los Dolores y San Ignacio, á donde no habia llegado la mocion de los sublevados y sus indios estaban de paz y quietud, como frontera quedase en guarda por lo que acaeciese; y que su teniente, Antonio Solís, con la mayor porcion de soldados, volviese á las poblaciones de San Pedro de Tubutama y Uquitoa, que ya se sabia eran motores, y castigase su osadía; y habiendo muerto á algunos en los albazos que dió; salieron otros menos culpados á pedir paz que se les otorgó, con pacto y condicion entregase los capitales que con su malevolencia instaron á los demas que les acompañasen en la atroz ejecucion, y que viniesen desarmados; ofrecieron traerlos disimuladamente entre los que no intervinieron en el hecho, ni mas que retirándose en los montes.

Al tercer día vinieron cincuenta indios, que al ver en el paraje del Tupo el campo de los soldados ausentado en unos ojos de agua, llano limpio y encumbrado de monte, dejaron sus arcos y flechas arrimadas á un montecito de mezquital, distante como cuatro tiros de arcabuz; y segun lo pactado, fueron desarmados para el campo, cuyos soldados montados á caballo, fueron formauo un círculo y cojieron en su centro á los indios; con disimulo señalaban los cuatro que pactaron paces, á los que habian acompañado los cabezas que los inquietaron para el alboroto y muerte, que á éstos su capital delito no los dejó pa-

recer; y amarrados tres y que iban prosiguiendo con otros que apuntaban, se empezaron á alborotar todos, y cerniéndolos sin poderlos detener el círculo de los de á caballo, y viendo que corrian á cojer sus armas, sin saber quién comenzó, en un acto invisible, mataron á todos los indios; y dijeron que el teniente les intimó orden tan estricta, que les dijo generalmente le derribaria la cabeza al que dejase salir algun indio.

Con el castigo y muerte de los anteriores y éstos, entendió el campo quedaria amedrentada la nacion, y trató de salir á campaña contra los comunes enemigos del Norte apaches, jocomes y janos, que hostilizaban con robos las misiones y minas de la provincia de Sonora; y dejando al cabo, Juan Bautista de Escalante, con tres soldados por custodia y escolta del padre Agustin de Campos, en su mision de San Ignacio; y yo en la de los Dolores con tres vecinos armados, pasando el resto del campo á dormir al pueblo de Cocospera, para desde allí proseguir la campaña. La nacion, irritada de las muertes, debian de tener espías de nuestros movimientos, declarados (aun los que hasta allí habian estado neutrales) de guerra, y lo que hasta allí no habian ejecutado, se dividieron en crecidos trozos y número, y fueron á quemar las casas de las misiones nuevas del Caborca y Tubutama, y como trescientos indios guerreros á la de San Ignacio, que sabido del convoco el padre Agustin de Campos, instantáneamente envió un indio de razon, llamado Cosme, aquella tarde, avisando al campo volviese á reparar el daño que quisiesen intentar, y el indio pensando, quedó en el pueblo y rancho de Imúres á recojer la callada del padre, para que llegando los soldados con los caballos cansados de correr remudasen, y en su lugar envió el aviso con otro indio pima, que por flojo y dormilón, llegó hasta el alba del día siguiente; y aunque montaron luego los soldados y corrieron á rompe cinchas las catorce leguas de distancia al socorro, hallaron que convertidos en pavezas y en grande incendio los pueblos, capillas y casas del padre Agustin, y desoladas vivas las ovejas del partido an-

daban por aquellos llanos; y viendo el campo tan lacrimosas lágrimas y lástimas, avanzó á los enemigos que encumbraban con el despojo por una sierra arriba, y mató á algunos que alcanzó.

El padre Agustin y los cuatro soldados de su escolta desde el aviso, tuvieron ensillados caballos aguardando el socorro del campo, hasta que como á las ocho horas del dia, estando almorzando, dió el enemigo en el pueblo con un grimoso alarido, y quedando en guarda del padre un soldado mientras se ponian las espuelas y montaba su reverencia, fué el cabo con dos soldados á detener el primer ímpetu y furor de su osadía; y prevenidos todos, fueron saliendo hácia el Oriente, por el camino real que va al pueblo de Cucurpe, de nacion Eudabe, llevando al padre en medio, y á cada lado dos soldados deteniendo la furia y peleando dos leguas que los siguió el enemigo.

En los Dolores, donde estaba yo de escolta, estábamos ignotos de este último orgullo, hasta que con la ocasion de haber escapado del furor el indio Cosme que vivia en el pueblo, y puesto en un cerro á vigiar, sin haber visto salir al padre y soldados, así que vió las demas llamas del incendio, transitó la sierra, y corriendo las diez leguas de distancia que hay á la mision de los Dolores, estando yo comiendo con el padre Eusebio Francisco Kino, su ministro, entró el indio desgrenándose, y llorando dijo: que ya los enemigos pimas habian quemado vivo al padre Agustin y soldados de escolta con casa y todo. Instantáneamente monté yo en un buen caballo y á rompe cinchas corrí las diez y seis leguas que hay al pueblo de Opodepe, á donde llegué á las tres de la tarde y hallé bebiendo chocolate al reverendo padre Marcos Antonio Kappus y al general Gironza, y les conté el fracaso sucedido, y arimando la caballada remudé y ensillamos todos y volvimos aquella tarde, caminando doce leguas; llegamos al anoecer al pueblo de Cucurpe, donde hallamos al padre Agustin Campos y los cuatro soldados que lo libraron, con cuya vista de

hallarse buenos, se quitó algo la afliccion que llevábamos, y contaron por estenso lo acaecido del incendio en el dicho pueblo.

Volví el siguiente dia para mi puesto de los Dolores con dos soldados, porque tambien se temia prosiguiese el incendio y conjuracion, como pueblo de la nacion alborotada, y hallé se habian ausentado los tres vecinos para su residencia del valle de Bacanuche, dejando solo al padre Kino, sin que los pudiera su reverencia, dejándome carta de que no se podian detener mas por ir á remitir á sus familias. El padre Eusebio Kino y yo, por otro aviso que tuvimos de que venian á quemar la iglesia y mision, salimos con el silencio de la noche á ocultar en una cueva una legua distante, las cajas de ornamento, vasos, libros, misales y otras alhajas de iglesia y del padre, y aunque le protesté no volviésemos al pueblo asegurando no sucederia nada, dió en volver y llegamos al alba, confeseme como para morir por lo que sucediese, por no desamparar al ministro de él.

El general del campo, previniendo que la conjuracion no fuese solo de los pimas, sino que cundiese generalmente á todas las demas naciones cristianas y geniles adyacentes; desde el pueblo de Cucurpe despachó á toda precision correo, avisando al Sr. gobernador del reino, D. Gabriel del Castillo, de lo sucedido; y pidió socorro de soldados, mientras los de su cargo contenian y hacian nueva guerra á los conjurados, y obviaban con algunos castigos de los que podian haber á las manos, por sus perniciosos intentos.

Llegaron los generales D. Juan Fernández de la Fuente y D. Domingo Terán de los Rios, con los de su cargo, y entrando en la sublevada nacion de la Pimeria, ya juntas las tres compañías y hechó total tala de sus milpas y bastimentos, castigando algunos cómplices, que viéndose rodeados de tantos soldados y muertos de hambre, sed, necesidades, sustos y miedos de sus familias, pidieron rendidos la paz, la que les otorga-

ron con pacto que entregasen los principales cabezas del alzamiento que faltaban; pero interviniendo el ruego de los reverendos padres, y quizás la sangre derramada de su sacerdote ministro, que pediría desde el cielo volviesen cual hijo pródigo á la amistad con Dios y á su ley, se les perdonó generalmente á todos, y quedaron de paz; bajo cuyo seguro, salieron de sus sierras á manadas, echándolos el hambre de sus tierras, á servir por solo comer, con los españoles de Sonora y padres, con quienes hizo el padre rector, Márcos Kappus, una vasta acequia para el conducto del agua á un molino.

Por Setiembre del corriente año, viendo ya la nacion pacífica, sosegada y arrepentida de las maldades ejecutadas, y ya no habiendo que hacer con ella, pasaron las tres compañías con el padre Agustin de Campos por su capellan, por estar desocupado de mision, con la quema que de ella le habian hecho, á dar guerra á los comunes enemigos apaches, jocomes y janos, que hacian tantas muertes y robos en las misiones, minas y haciendas de los habitantes de lo provincia de Sonora, que alcanzándolos en una sierra y cerro, mataron sesenta en pelea y los que apelotearon y colgaron vivos, y como setenta que sacaron de presa de mujeres y muchahós, que se repartieron entre todos los de las tres compañías, muriendo el general D. Domingo Terán en la campaña; y volvieron los mas enfermos, hasta el padre capellan siendo mozo y robusto, lo que se atribuyó á que llegando con ardiente sed á unos chupaderos de agua que bebieron, la habian envenenado los enemigos.

Libráronse, si no del susto, de la conjuracion é incendio, solo los pueblos de la mision de Nuestra Señora de los Doleres, y lo atribuyo á la virtud y fervorosas oraciones continuas del padre Eusebio Kino, primer misionero de la dicha nacion sublevada, que como habia sido su espiritual, y paño de lágrimas en sus necesidades, aficciones y desconuelos, y en defenderlos siempre, quizás tuvieron conmiseracion para no quemarle y destruirle su mision, con iglesia capaz, pintada y adornada,

desde donde sosegado de paz todo por Noviembre del mismo año, salió dicho padre Eusebio Kino para México, quedando supliendo en su mision y ausencia el padre Agustin de Campos, en ida y vuelta que fué breve; y negoció con el reverendo padre provincial nuevos padres operarios, para que se volviese á sentar en la nacion Pima el santo Evangelio; y con la llegada del padre Gaspar de las Barillas, entramos el padre Kino y yo con su reverencia por el Tubutama hasta el Caborca, caminando de ida y vuelta cien leguas, para que escojiese de las dos misiones la que quisiese, y escojió la de Caborca por lo pingüe de la tierra, y estar regada con la sangre de un sacerdote y hermano, aunque no subsistió sino á temporadas hasta el año de 1702, que se salió por la soledad y retiro de sus hermanos, que el mas cercano de cincuenta leguas, era el padre Agustin de Campos, que con grán fuerza y fervor volvió á fundar su mision en las mismas ruinas del que le quemaron, haciendo mucho fruto en las almas.

Con la ocasion de haber huido del mortero los alborotadores de la nacion Concho, que vueltos á inquietarlos se fueron á la sierra; salió por Enero de 1696, el capitan Antonio Solis con soldados, y apresados, apeloteó á tres cabezas en el pueblo de Nacori donde cometieron tantos delitos, que los administró en su muerte el padre Francisco Carranco; y vuelto los otros al pueblo se sosegaron, prosiguiendo en su cristiandad, de que los apartaban los tres malévolos que se ajusticiaron; y nunca mas volvió á sublevarse esta nacion.

Aunque no dejaban un punto sosegar á los soldados de la compañía volante las demas naciones, pues acabando con los de la nacion Concho por Marzo de este mismo año de 1696; se arrojaron los enemigos apaches, jocomes, janos y otros aliados, á la estancia de Tonibavi donde robaron doscientas bestias, y siguiéndolos los soldados y alcanzados con indios amigos que llevaron, mataron diez y ocho enemigos, y solo les quitaron cien caballos por haber ya corrido y muerto los res-

tantes. Vueltos de esta campaña para su presidio, tras ellos volvió á entrar el enemigo hácia la sierra de San Cristóbal en número de quinientos, y encontrándose en ella con el capitán Cristóbal de Leon y su gente que venia del real de Cusiguriachi para la casa de su morada le asaltaron y no obstante lo mucho que pelearon y se defendieron por ser tantos los enemigos, la mataron á él y á su hijo Nicolás y á otros dos españoles y seis indios arrieros suyos y del pueblo de Arispe, feligreses del padre Francisco Xavier de Mora, que venian todos de compañía, llevándose la recua, aparejos y plata que traían.

Salieron instantáneamente los soldados de la dicha compañía volante, y sacados los cuerpos para darles sagrado, fueron siguiendo al enemigo. que alcanzado en la sierra de Batepito, al remudar para darles el albazo, se le fué á un soldado el caballo bronco lazado con cabestro, para los enemigos, en que siendo sentidos, huyeron por lo agreste arriba de la sierra, sin poder alcanzar sino á tres que mataron y les quitaron la presa de mulas, plata y aparejos ya deshechos, menos algunas mulas que se hacian comido. Citó el general D. Domingo Gironza, al general D. Juan de la Fuente, capitán del presidio de Janos y á la nacion Pima, para una campaña, y salidos é incorporados todos en la Sierra Florida, cercana al rio Gila, peleando mataron treinta y dos enemigos y apresaron cincuenta mujeres y muchachos, porque este pernicioso enemigo, no admite protestas de paz.

Tras unas inquietudes correlativamente seguian otras, pues en este año de 1696, corrieron las pláticas para sublevarse todos los pueblos y misiones de las provincias, taramarés, tacupeto y Sonora, los de ésta por el pernicioso influjo del indio Pablo Quigüe, gobernador de Sta. Maria Baseraca, y otros motores sus aliados, y adelantándose en el alzamiento los pueblos de Cuquiarachi, Chuchutá y Teuricachi, se fueron á las sierras con los ornamentos sacerdotales, de donde los bajaron los soldados tres veces con repetidas protestas de paz que se les

guardó porque otras tantas se volvieron á la sierra hasta el 8 de Diciembre que se ausentaron de una vez; y acudiendo á la pacificación de los demas pueblos, y con cinco que se ahorcaron en el real de San Juan Bautista por el general D. Domingo Xirronza y otros cinco en Tacupeto por el general D. José de Zuviate, se sosegó todo; solo el principal motor, Pablo, y otros cuatro, saliendo de Sonora, huyeron para Taramara y Janos que, llamados á edictos, pregones y requisitorias, escapando del juez de la tierra, la Divina justicia, vibrando un rayo sobre ellos, los mató á todos juntos á la puerta del presidio de Janos; con que remató el capitulo, pues acabaron ellos por castigo enviado del Divino juez.